

Paper

Habitar las aguas: una indagación sobre los paisajes de Barracas al Sur. 1880-1930

Mango, Maria Luz

luzmango@gmail.com

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Gestión de Espacios Costeros.

Universidad Nacional de Avellaneda. Departamento de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Centro de Estudios del Habitar Popular. Taller de Proyecto Arquitectónico. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Buenos Aires.

Palabras clave

Riachuelo, Barracas al sur, Migración, Habitar, 1880-1930.

Resumen

Durante el periodo, 1880-1930, la orilla sur de la cuenca baja del Riachuelo se convirtió en un nuevo escenario de modernización, despliegue tecnológico e innovación. Mientras las costas de Barracas al Sur eran copadas por infraestructura naval, ferroviaria y frigorífica, en simultáneo, ocurría un proceso en el cual esa urbe industrial en expansión era alojada como un referente nacional de carácter identitario. Así emergió un barrio proletario y mayormente inmigrante, que pudo construir un espacio y un tiempo para responder a necesidades locales. Las emergentes prácticas asociativas que desplegaron las colectividades migrantes junto a la población local tuvieron un impacto en la construcción del paisaje. Estas nos interpelan a indagar sobre los saberes tanto técnicos como artesanales y la construcción de

nuevos saberes socialmente productivos que se materializaron en la conformación de la trama y el tejido urbano de los barrios de Dock Sud e Isla Maciel.

Introducción

Durante el periodo, 1880-1930, la orilla sur de la cuenca baja del Riachuelo se convirtió en un nuevo escenario de despliegue tecnológico que posicionó a la figura del inmigrante en un rol protagónico del paisaje de Barracas al Sur (Municipio de Avellaneda a partir de 1904). Agentes con capacidad de transformar el territorio, reclamar espacios de expresión e intercambio cultural y construir un nuevo espacio para el despliegue de una incipiente ciudadanía. El acelerado proceso de transformación socioespacial que atravesó al periodo, gestó nuevos espacios de convivencia entre la población local -conformada por mulatos, indios y criollos- y las nuevas identidades migrantes provenientes mayormente de Europa y en menor medida de países limítrofes¹ y de Cabo Verde, África².

Como consecuencia, el paisaje ribereño quedó reducido a la playa de Puerto Piojo y los recreos de Isla Maciel, reductos de su otrora exuberante selva marginal. Paradójicamente, mientras sus costas eran copadas por inversiones mayoritariamente extranjeras y al servicio de un mercado externo, en medio de los vaivenes de esta dualidad —que alternaba entre la deslocalización de infraestructuras y la construcción de hitos barriales— emergió un barrio proletario y mayormente inmigrante, que logró construir un espacio y un tiempo para responder a las necesidades locales.

Las emergentes prácticas asociativas que desplegaron las colectividades migrantes junto a la población local nos interpelan a indagar sobre los saberes tanto técnicos como artesanales y la construcción de nuevos saberes socialmente productivos que se materializaron en la trama y el tejido urbano de los barrios de Dock Sud e Isla Maciel.

Consideramos necesario indagar sobre las prácticas de construcción, apropiación y resignificación espacial, que convirtieron a un recodo portuario e industrial en un barrio proletario.

Nos preguntamos entonces: ¿qué incidencia tuvo el “colectivo migrante” en los nuevos modos de apropiación espacial? ¿Cuál fue el impacto de los saberes de los trabajadores (hombres, mujeres e infancias) en la construcción de los barrios de Dock Sud e Isla Maciel? ¿Fueron estos saberes erradicados, hibridados o se convirtieron en nuevas prácticas constructivas?

¹ Los censos del periodo indican, que si bien el mayor flujo migratorio proviene de Italia, España y países de Europa del Este; la inmigración de países limítrofes y África también es considerada influyente. La corriente migratoria proveniente de Brasil, Paraguay y Uruguay, estaba estrechamente vinculada a los lazos comerciales a través del Río Paraná y en relación a las temporadas de cosecha, por lo que existía un vínculo fluido entre esas comunidades y sus países de origen.

² Simultáneamente, y en una escala menor, tuvo lugar un flujo poblacional desde el archipiélago de Cabo Verde, África, quienes ingresaban como portugueses, por lo que es difícil estimar la cantidad en términos censales. (Ceirano & Maffia, 2007).

Para ello resulta imperante poner en valor la memoria distante del pasado, indagar sobre guiños, rugosidades, huellas- o indicios -en términos de Ginzburg (2004)- que pasaron inadvertidas en los relatos oficiales. La pregunta sería qué rastros podemos identificar en la intersección entre rutinas del terruño, nuevas prácticas aggiornadas al territorio de acogida e innovaciones en técnicas constructivas como elementos clave para la construcción del paisaje de la vida cotidiana.

A su vez, se pretende reconocer la multiplicidad de vínculos que se sucedieron en estas orillas y que hicieron posible la coexistencia temporal de narrativas distintas. Por lo tanto, temporalidades y eventos que antes no estaban relacionadas pueden entrar en contacto, o bien pueden separarse aquellas que sí lo estaban (Cfr. Detinne, 2001; Massey, 2012). Esto nos permitiría construir un andamiaje para pensar el paisaje de los barrios portuarios de Barracas al Sur, eludiendo una línea de tiempo, pero sin desentendernos del contexto.

Tomaremos como corpus documental el archivo fotográfico de Oreste Vaggi, el cual da cuenta de ciertas prácticas constructivas que sucedieron en la cuenca baja del Riachuelo. También se tuvo acceso a cartografías, municipales y provinciales y a periódicos locales como La Voz de Piñeiro, La Verdad de Avellaneda, El Orden y el periódico anarquista La Protesta. A su vez las investigaciones y entrevistas realizadas por María Teresa Pikulski y Felix Orquiquil, al igual que Pedro Cavalieri y Enrique Arrosagaray que junto a las actas del Centro Gallego de Avellaneda y la Sociedad Nativos del Ayuntamiento de Cambados nos permitieron echar luz a ciertas prácticas de las colectividades migrantes.

El artículo se organiza conforme a tres apartados, en el primero abordaremos las características socioespaciales de Barracas al Sur y su incidencia en la construcción del paisaje.

En el segundo apartado, abordaremos los distintos espacios de formación que abonaron a la construcción de nuevos saberes socialmente productivos y finalmente, trabajaremos sobre prácticas constructivas que se desarrollaron en los barrios de Dock Sud e Isla Maciel. Los tres estadios de este recorrido, ya estarán mediados por los cursos de agua.

Una lonja de tierra entre la industria y el agua

Durante los periodos de inundaciones el vínculo con el Paraná trasciende los lazos comerciales, allí es cuando asoman los camalotes y tapizan la ribera, extendiendo aún más lo difuso de las orillas. El litoral se hace presente en el paisaje rioplatense y se evidencia que en la transición entre el ambiente deltaico y estuarico emerge el bosque ribereño o selva marginal. Acompañado por la presencia del viento sudeste, el fenómeno de la sudestada provoca el anegamiento de los bajos en tanto que también actúa como reten, impidiendo que los cursos de agua escurran hacia el Rio de la Plata (Cfr. Pereyra, 2014).

Los aportes sedimentarios post sudestada y la condición de eventuales anegamientos se reflejó en las cartografías de comienzos del siglo XX, periodo en el que los frentes costeros de Barracas al Sur estaban reseñados como zonas intransitables o anegadizas, y se delimitaban áreas como pajonales, sarandizales y pantanos. En tanto que los relatos expedicionarios ponían en

valor la bravura con la que los sirgueros salvaban los bancos de arena sobre el cauce del Riachuelo y los cuarteadores atravesaban los caminos pantanosos de su planicie de inundación.

Huerga & Cascante (2023) describen las inmediaciones del puerto de Dock Sud como una zona que *“no servía para la agricultura o la ganadería, ni para edificar viviendas, porque cuando no estaba anegada por las crecidas del Río de la Plata, el suelo era siempre un flojo barro cenagoso”*.

En tanto que Pikulsky y Orquiguil (1991) rescatan, a través de la historia oral, relatos de las primeras familias italianas que a mediados del siglo XIX transformaron la ribera del Plata en una seguidilla de sembradíos frutihortícolas. La sistematización del uso del suelo les permitió aprovechar el sistema natural de arroyos para irrigar los cultivos a través de acequias, en tanto que la construcción de terraplenes les permitía evitar el ingreso del agua ante la sudestada. Tan caudalosas y profundas solían ser sus aguas que también funcionaban como canales de circulación. *“El arroyito, que pasaba por la quinta, era la calle, y la canoa el medio de transporte.”* (entrevista a nieta de la primera familia genovesa asentada en Dock Sud en Pikulsky & Orquiguil, 1991:43).

Las escalas de intervención sobre las costas fueron diversas y tuvieron incidencia sobre los cuerpos lacunares que se trasladaban producto de la sudestada, los arroyos que dividían los sembradíos, hasta los pajonales impenetrables que acunaban el hábito meandriforme del Riachuelo. Tanto las familias horticultoras, como las obras portuarias intervinieron sobre el humedal rioplatense.

Las obras del Puerto de Dock Sud modificaron la geomorfología costera del municipio y su infraestructura resultó el primer paso del copiamiento sobre la costa del Río de la Plata, a la vez que dio origen al primer trazado y amojonamiento del Pueblo de Dock Sud.

Para construir el canal y formar el pueblo- Dock Sud- proyectado sería necesario desviar la salida del arroyo Maciel desde el Río de la Plata a la boca del Riachuelo, utilizando el cauce del arroyo Chimango el que se ensancharía y profundizaría; segar la gran laguna alimentada por un brazo del arroyo Sarandí, en los terrenos de la Compañía; aligerar las avenidas de las aguas de este arroyo y evitar la inundación de los terrenos, construyendo un canal aliviador desde el punto de confluencia del Sarandí con el Maciel, hasta el Río de la Plata (...) y rellenar los terrenos bajos al Este del canal. (Pikulski & Orquiguil, 1991: 10).

En tanto que las costas del Riachuelo, con una alta sinuosidad en el tramo de la cuenca baja y con numerosas lagunas, bañados y meandros debido a la baja pendiente y a la interacción con el Río de la Plata, fueron campo de acción de la ingeniería hidráulica y ferroviaria. Su cauce y su planicie de inundación fueron intervenidos mediante obras de relleno, segado, dragado, tablestacado, rectificación, entubamiento de arroyos, apertura de nuevos zanjones, tendido de instalaciones, túneles y puentes (Cfr. Silvestri, 2012; Fernández Larraín, 1987).

Si bien las primeras edificaciones de la ciudad de Buenos Aires siguieron las

disposiciones de las Leyes de Indias, que contemplaban la protección de las condiciones topográficas y las cuencas fluviales (Cfr. Pereyra, 2014), la inserción de Argentina en el mercado global modificó la relación de la ciudad con sus frentes costeros. Barracas al Sur no fue una excepción, y sus bajos costeros fueron ocupados por grandes estructuras industriales en convivencia con dinámicas todavía rurales.

Dominados por las mareas, los puertos de la Capital y la Provincia -Puerto Madero, La Boca y Dock Sud- quedaron vinculados no solo por cartografías marítimas. También por un tendido ferroviario que los articuló, conformando en Barracas al Sur, junto a la presencia del Mercado de Frutos del País, un enclave de acopio, distribución y comercialización. El ferrocarril enlazó a otros nodos de producción nacional y a través del Río de la Plata hacia países limítrofes, Europa y Norteamérica. *“Si el puerto es lo más simbólico de Buenos Aires, el Mercado central de frutos es lo más simbólico del puerto, y a través de él, de la Argentina entera (Posada, 1986:38)”*

Esta tríada, mercado-tendido ferroviario-puerto, resultó estructurante en la morfología urbana de Barracas al Sur, aún vigente en la actual Avellaneda. La implantación del puerto y, unos años después, la Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad (por sus siglas CATE), resultaron elementos atractores para futuras industrias que terminaron conformando el (actual) polo petroquímico. La orilla sur del Riachuelo, fue apropiada por grandes naves industriales, como frigoríficos, molinos harineros, y barracas de acopio, seguidos por la instalación de otro tipo de establecimientos complementarios como lo fueron las barracas enfiadoras, lavaderos y peinaderos de lanas, hilanderías y tejedurías. Mientras que la actividad portuaria promovió la instalación de astilleros y talleres complementarios, que a través de puentes, planchadas y muelles de atraque modificaron el vínculo con los distintos planos de agua.

Si quiere uno darse cuenta de la actividad material de la metrópoli, debe dirigirse a los barrios del sur, a La Boca, a las Barracas, a las orillas del Riachuelo, donde se hallan los mercados de lanas y cueros, los mataderos, los depósitos frigoríficos (...) Allí se encuentran reunidos los centros comerciales, las industrias, las fábricas, los almacenes de hierro y maderas, vinculándose en aquellos lugares una gran parte del tránsito de la población (Huret, 1911/ 1988;57)

Los barrios de Dock Sud e Isla Maciel crecieron al ritmo del desarrollo industrial e incorporaron las dinámicas del agua como un agente más *“No hay más que una lonja de tierra entre la industria y el agua”* describía Aníbal Villaflor (Arrosagaray, 2017:24) en sus recuerdos de la Avellaneda de los años 20.

Esa lonja concreta en épocas de sequía, y plano de agua habitable post sudestada, era la costa de Avellaneda, el frente industrial costero de la cuenca baja del Riachuelo.

Nos encontramos entonces ante un paisaje de carácter difuso; que ante la desconcertante infinitud del verde pastizal como del lodazal rioplatense terminó por conformar un paisaje de flujos: poblacionales, fluviales, ferroviarios y mercantiles que en el correr de sus aguas tejieron nuevas redes por fuera del

dominio de Barracas al Sur. Las colectividades migrantes que transitaron y/o se asentaron en este recorte espacial, construyeron su identidad en tensión con estos cursos de agua. Silvestri y Aliata (2001) lo describe como la mirada del exiliado, aquella que, aun reconociendo su extrañeza radical frente a las cosas, recuerda—o más bien construye—un pasado, una memoria, un sentido. Así, pensar el paisaje de Barracas al Sur puede ser una invocación que oscila entre la añoranza al terruño en convivencia con aquel paisaje excéntrico, provisional e inacabado que describía Huret (1911/1988) y el desconcierto ante las nuevas aguas de acogida.

Saberes migrantes

A comienzos del siglo XX, el crecimiento urbano estuvo acompañado por una utopía que veía en la vida moderna citadina una vía hacia la conquista de la libertad. Sin embargo, como señala Mezzadra (2008), fueron los agentes migrantes quienes enfrentaron las condiciones más adversas de este proceso.

En la imaginación colectiva de las sociedades receptoras predominaba la representación de los inmigrantes como una masa invasora que llegaba sin un propósito claro (Sassen, 2017). Para el caso de Avellaneda, esta percepción cobraba mayor fuerza, ya que, como señala Arrosagaray (2017), la ciudad se había convertido en el epicentro de la industria frigorífica a nivel nacional.

Sin embargo, según Lobato (2004), estos grupos —la "turba migrante"—desafiaron las narrativas dominantes y obligaron a los intelectuales del período a reflexionar sobre la Argentina que se estaba configurando. Eran la expresión de la modernidad en su faceta conflictiva (Lobato, 2004:133), aquella que evidenciaba la desigualdad, la precariedad laboral, las dificultades en el acceso a la vivienda y la ausencia de políticas multiculturales.

En este contexto, marcado por un acelerado crecimiento industrial y demográfico, y ante ausencia de políticas públicas diferenciadas para los recién llegados, las colectividades migrantes impulsaron diversos espacios de organización.

Las prácticas asociativas se consolidaron, como una estrategia extendida, en la que la inmigración desempeñó un rol central (Cfr. Berj, 2010; Devoto, 2003; Lobato, 2004, Ganza, 2024; Fernández Larraín, 1987; Núñez Seixas, 2001 entre otras autorías)

En el recorte espacial de esta investigación, identificamos la conformación de diversas asociaciones migrantes agrupadas bajo la figura de: centro, casa, federación, mutual, sociedad, círculo, asociación, club y colectividad, entre otros. Estos espacios con distintos grados de formalidad, alojaron aquellas formas de vida y tradiciones que se encontraban distantes al nuevo espacio de acogida. Bjerg (2010) los identifica como espacios donde las comunidades migrantes podían imaginarse integradas a las representaciones y contenidos culturales del mundo que habían dejado, constituyendo un lazo con su otra historia.

Los que llegaban de Cabo Verde...no encontraban ni familiares, ni otros paisanos que hubiesen venido antes para que los recibiera y atendieran...Se vieron en la necesidad de fundar esta institución para ayudarse mutuamente y por eso se

llamó Sociedad de Socorros Mutuos...venimos de unas islas, estamos prácticamente buscando agua. Somos navegantes y extrañamos por eso el agua. (entrevista a Adriano Rocha en Pikulski & Orquiguil, 1999:213)

Además de ser cobijo para la memoria, la lengua y las tradiciones, también tenían como finalidad la de promover lazos vecinales, facilitar la inserción laboral y establecer un canal de participación en las políticas públicas; espacios de los que eran excluidos. En este sentido, señala Germani (2010) que una cantidad elevada de inmigrantes se agruparon en torno a espacios asociativos con finalidades asistenciales, de protección, de recreación y educación y no solo resultaron puntos de encuentro y celebración.

Sobre esto último, afirma Fernández Larraín (1987) que, en el Municipio de Avellaneda, los grupos vecinales, sociedades de fomento y comisiones barriales tuvieron una activa participación en la que demostraron capacidad de elevar sus necesidades a las autoridades vecinales. A través de la organización colectiva, fundaron, construyeron y gestionaron clubes deportivos, escuelas corales, sociedades de fomento, bibliotecas, editoriales, imprentas, escuelas de oficio, centros de idiomas, teatros, gimnasios, templos, y cementerios entre otros establecimientos. Pero el alcance de sus acciones no se vio limitado a un dominio catastral privado, ni al beneficio exclusivo de un grupo étnico, también intervinieron el espacio público a través de la organización de cuadrillas de trabajo vecinales principalmente abocadas a las tareas de rellenos y drenajes.

Aquí se presenta un escenario en el que convergen saberes propios del terruño y saberes emergentes ante las urgencias del nuevo habitar. Sobre la base de estructuras colectivas, se exploraron estrategias de apropiación y resignificación orientadas a optimizar los recursos disponibles. Tanto los saberes técnicos como los artesanales, aprendidos en otras tierras o adquiridos en las prácticas laborales locales, en los espacios asociativos o ante el desafío de habitar un humedal, no se manifiestan aquí de manera aislada ni como patrimonio de un solo individuo, sino como parte de un entramado colectivo.

En el pulso de este paisaje ribereño, donde los oficios vinculados al espacio portuario cobraron relevancia en la construcción del habitar, es posible identificar ámbitos de formación, capacitación y sociabilidad que habrían contribuido en los modos de apropiación espacial y en el desarrollo de nuevas prácticas constructivas: el espacio laboral, representado en las fábricas, talleres y conventillos; las diversas prácticas asociativas; y los programas de alfabetización y capacitación.

Estos ámbitos no operaban de manera estrictamente segmentada; por el contrario, en muchos casos, se superponían y complementaban. Los programas de alfabetización podían desarrollarse dentro de espacios laborales o asociativos, del mismo modo que los talleres de oficios trascendían el ámbito del trabajo formal. En este contexto, las cuadrillas de trabajo vinculadas al sector portuario y ferroviario, así como a los astilleros y otros espacios laborales, habrían promovido dinámicas laborales que favorecieron la construcción de un saber socialmente productivo (Cfr. Ayuso, 2006; Puigros & Gagliano, 2004).

En Avellaneda y otros municipios de características obreras funcionaron las “Escuelas de Puertas Abiertas”. Estas eran instituciones que extendían su horario para recibir a hombres y mujeres, en su mayoría proletarios, que accedían a clases al finalizar su jornada laboral. Para el caso del barrio de Isla Maciel, la primer Escuela de Puertas Abiertas, se inauguró en 1913, en tanto que el Municipio de Avellaneda fue la primera ciudad de la Provincia de Buenos Aires en habilitar la primera escuela nocturna para mujeres (Berrutti, 1934). Estos programas se complementaban con las bibliotecas populares, que solían presentarse como instituciones autónomas o bien asociadas a clubes o espacios de representación de las colectividades migrantes. Gutiérrez y Romero (2007) las presentan como espacios que no solo articulaban actividades culturales, sino que se entrelazaban con programas recreativos y promovían una oferta de actividades para aquellas personas nos tan afines a los círculos letrados.

Cuando los recursos los permitan, creará y mantendrá una Biblioteca y organizara fiestas recreativas y campestres ya sea en su propio local o en otros alquilados a esos efectos. (Estatuto de la Sociedad Nativos del Ayuntamiento de Cambados, 1925)

El caso más representativo y que aún continúa vigente es la Biblioteca Popular Veladas para después del Trabajo. Este espacio tuvo como objetivo «contribuir a la educación de la población obrera, la que por muchos inconvenientes no puede concurrir a lugares donde ilustrarse». (La Voz de Piñeiro, 2020). Otro espacio anarquista de relevancia fue la Sociedad de Oficios Varios de Avellaneda (Cfr. Diario la Protesta, 11 de octubre de 1917), espacio que contaba con biblioteca y talleres destinados a la capacitación de oficios entre los que se destacaba carpintería.

Si entendemos que los procesos migratorios están influenciados por una trayectoria previa, rutinas familiares, pueblerinas o urbanas, y también por los lazos construidos por las colectividades migrantes junto a la población local en los espacios laborales, en los patios de los conventillos (Cfr. Mango, 2023) o en la vasta constelación de espacios de representación, se vislumbra entonces lo que podría ser la construcción de un saber en sinergia con el espacio habitado y con el deseo de integración. Así nos surge un interrogante. En la fusión de dos mundos, la sociedad de acogida y los recién llegados, ¿fue posible la innovación?

Aquello cotidiano de un paisaje disruptivo

Los barrios de Dock Sud e Isla Maciel crecieron al ritmo del desarrollo industrial e incorporaron las dinámicas del agua como un agente más. La infraestructura portuaria, junto con las embarcaciones, configuró un paisaje donde las aguas se mecen, las cargas se trasladan, las embarcaciones se desplazan, y los guinches de las grúas giran, suben y bajan. El puerto expone su movimiento, y sus prácticas y saberes se trasladan al habitar: las casas también se desplazan.

" [C]on gatos de mano nos levantaban la casa y después con molinetes en la esquina tiraban con un cable, la arrastraban de un lote a otro... con muebles, con los pajaritos, con todo... la mujer cocinando y la casa iba caminando... porque seguía la vida dentro de la casa (entrevista a Elido Scian en Pikulski & Orquiguil, 1991:132)"

Figura 1: Mudanza de casilla de madera con técnica naval, malacate accionado con caballo



Fuente: Archivo Oreste Vaggi

Señala Armus (1990) que los barrios fueron, para las colectividades migrantes, espacios con un fuerte potencial expresivo, donde se materializaban tanto valores materiales como actitudinales en el proceso de adaptación a la vida urbana. Así fue como el conventillo se consolidó como una de las tipologías habitacionales más características de las inmediaciones portuarias.

Dentro de esta dinámica, el acceso al suelo en Dock Sud es un punto de debate entre distintas autorías. Según Fernández Larraín (1987), el censo municipal de 1909 muestra que, tanto en Dock Sud como en Isla Maciel, predominaban las casillas de chapa y madera en terrenos propios, lo que atribuye al bajo costo del suelo y a una tradición constructiva extendida desde La Boca. En contraste, Pikulski y Orquiguil (1999) afirman que, pese a su constante anegabilidad, los terrenos en Dock Sud eran relativamente caros en comparación con otros barrios, ya que su proximidad a la Ciudad Capital y el acceso a fuentes de trabajo los volvían más atractivos. No obstante, ambos coinciden en señalar la predominancia de las casillas³ de chapa y madera como una característica distintiva de estas barriadas.

Liernur (1992) en su abordaje de la ciudad efímera y el habitar provisorio describe las *casillas* de madera como un primer estadio, de reducidas

³ Continuaremos utilizando el término 'casillas' en relación directa con el oficio de los casilleros y porque, en la tradición oral, la población local se refiere a estas viviendas con ese nombre.

dimensiones, que permitían alojar a la unidad doméstica. Se construía una primera habitación con la finalidad de ocupar el lote y cesar con el pago de alquiler en el conventillo. Armus, quien también recurre al término *casillas*, las presenta como una tipología que sufre alternancias con la particularidad de alojar un solo núcleo de convivencia o la agrupación de varias generaciones.

Las casillas se movían con rodillos, eran unos troncos bien redondos, así también movían los barcos. Se usaban también unos barriles que los llenaban con cemento. Abajo tenían dos limones muy grandes, que son como vigas de madera dura, tipo quebracho. Tiraban de ahí con los caballos, que se resbalaban entre los adoquines (Horacio Eusebi, director del Museo del Carpintero de la Ribera, entrevista agosto 2024)

Madera y metal fueron los materiales que ofrecieron una solución a los problemas que presentaba habitar el humedal: baja resistencia del suelo y exceso de humedad. También, ante las fluctuantes dinámicas de los núcleos de convivencia y sus necesidades espaciales, el uso de esos materiales posibilitaba intervenciones rápidas y flexibles.

Huret (1911/1988) describe las viviendas en los barrios bajos como casas de hojalata que resplandecen al sol, construidas con materiales provenientes de las destilerías, de los descartes de los astilleros y de los embalajes de cargas portuarias. Sin embargo, no todas las viviendas fueron producto de la autoconstrucción. Según Pikulski & Orquiguil (1999), la empresa Villarosa se especializaba en la construcción de casillas, lo que evidencia la existencia de un mercado formal para este tipo de viviendas.

Como señalaron las cartografías de comienzos del siglo xx, las inmediaciones al encuentro entre el Riachuelo y el Río de la Plata eran zonas anegadizas que con el correr de los años fueron rellenados con los sustratos de las excavaciones del Puerto de Dock Sud, con residuos que producían la Usina CATE, y los excedentes de las excavaciones de obras públicas y privadas de la Ciudad Capital.

Toda Avellaneda...todo era unos pajonales... se pasaba por las veredas a saltos...La Sociedad Ucraniana, Prosvita, era un terreno baldío y solo dos piecitas, venían polacos de toda la zona y de Capital también... (el terreno) lo rellanamos con tierra y carbonilla (de la CATE). (entrevista a Estanislao Zwolinski en Pikulsky & Orquiguil, 1999:184)

Las inundaciones, formaban parte de la rutina y la necesidad de subir el nivel del terreno era una urgencia. Quienes disponían de mayores recursos económicos y fuerza de trabajo podían elevar la cota de nivel en su lote, lo que aumentaba sus posibilidades de resistir la sudestada.

La baja resistencia del suelo no habilitaba las construcciones ladrilleras que caracterizaban a la Ciudad de Buenos Aires o Avellaneda Centro, por lo que las casillas no solo respondían a una limitación económica. Estas resultaron un sistema constructivo liviano, con posibilidad de traslación y de fácil adaptación a las fluctuantes realidades de los núcleos de convivencia migrantes: nuevas

cotas de nivel, nuevos terrenos y la posibilidad de adosar más locales u otras unidades.

Las casillas, las tiraban con carros a caballo como si fuera una caja. Las llevaban en bandeja. Eran livianas, la gente tenía muy pocas cosas. (Elsa, vecina del barrio de La Boca, entrevista realizada en septiembre 2023)

Las casillas burlaron la condición inmueble de las viviendas tradicionales. No solo podían trasladarse dentro de la trama y el tejido urbano, sino también dentro de un mismo lote, entre calles o arroyos, e incluso elevar su cota de fundación. Se mudaban de terreno, pero no de vivienda. Su desplazamiento no afectaba la rutina de sus habitantes y, al mismo tiempo, permitía intervenciones donde las variables de tiempo de obra, oficios requeridos y presupuesto resultaban favorables para la economía del núcleo de convivencia. Lo innovador de este sistema constructivo, ¿radicaba en su vínculo con las tecnologías contemporáneas? ¿En la concepción de la vivienda como un objeto móvil? ¿En la resignificación del humedal como un espacio habitable? ¿Estas casillas respondían también a carácter itinerante de las trayectorias migrantes?

Figura 2: Transporte de una casa de madera de ocho piezas, desde la entrada del Riachuelo hasta la vuelta de Badaracco



Fuente: Archivo General de la Nación Argentina

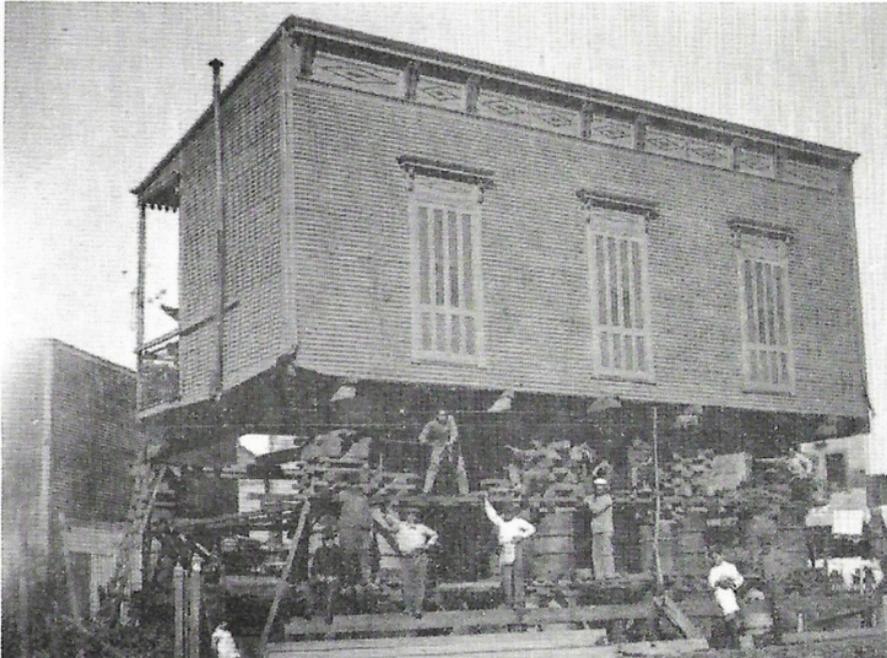
Aquí, no solo resultó influyente el oficio de herreros y carpinteros navales, sino también la práctica habitual del sirgado de embarcaciones, contribuyó a la construcción de una tectónica emergente.

El oficio de los *casilleros*, figura que se ocupaba de trasladar y/o elevar las casillas, conjugaba aquellas prácticas tradicionales de los sirgueros y

cuarteadores con los dispositivos tecnológicos propios los enclaves portuarios. Así lo describe el libro *Memorias Dockenses*.

*Una suerte de espectáculo callejero, (...) de La Boca y la Isla Maciel, era el relativamente frecuente traslado de casas de madera, a veces de dos plantas a lo largo y a través de las calles de barrio. El método o procedimiento, derivado directamente de la técnica de botadura y carenaje de las embarcaciones en los astilleros era, colocar la casa sobre dos largueros o vigas (se los llamaba anguilas) de madera generalmente de 0.30*0.30mts, de sección, de pino tea, con la parte inferior revestida con una tabla de quebracho que hacía las veces de patín y se engrasaba para deslizarse sobre las traviesas de madera que se iban poniendo delante y retirando de atrás, a medida que avanzaba el traslado. La tracción se efectuaba mediante un torno vertical o cabrestante que arrollaba un cable de acero con un extremo atado a una estaca de hierro plantada en la calzada o vereda, luego, pasando por una polea móvil fijada a la barra de hierro que unía los largueros (Cavaliere, 1999:20)*

Figura 3: Rellenos, gatos y molinetes contra la inundación



Fuente: *Dock Sud un Sentimiento* (1991)

El saber del artesano, transmitido en los talleres de oficios, en las escuelas nocturnas y en los diversos espacios de representación de las colectividades, junto con el saber técnico, trascendió su enunciación. La instrucción compartida, la capacitación comunitaria y el rescate de viejos oficios —de aquellas voces conocedoras del territorio—, junto con la incorporación de nuevos agentes, consolidaron un saber que no solo respondió a las condiciones del contexto, sino que también las resignificó.

En el límite difuso entre la vida laboral y doméstica emergió un paisaje del movimiento, efímero, disruptivo, conformado por objetos de carácter aleatorio: guinches, pontones, vagones, barcos, chatas y casillas. Objetos que podían impactar en la línea del horizonte durante días y luego desaparecer, pero que por un breve lapso de tiempo se convierten en objetos dispuestos a ser contemplados e incorporados al paisaje barrial. Son estas particularidades, oscilando lo tangible y lo efímero, entre la chimenea y su humear, entre el puerto y las bocinas de los barcos, el sonar de las sirenas fabriles y los miles de trabajadores y trabajadoras que recorrían las calles y sus aguas, las que convirtieron al paisaje rural de Barracas al Sur, en el paisaje industrial de Avellaneda.

Conclusiones

Las nuevas prácticas y técnicas constructivas surgidas en estas orillas no pueden entenderse solo por la tradición constructiva existente de los grupos establecidos, ni por los saberes heredados de los grupos migrantes, tampoco se pueden abordar por la imposición de las políticas estatales en materia ferroviaria y portuaria, ni por las condiciones geográficas propias de una orilla anegable. Entendemos que son producto del encuentro de múltiples mundos, donde se conjugan rutinas familiares y prácticas tanto pueblerinas como urbanas. Asimismo, los lazos construidos con la población local en los espacios laborales, los conventillos, los programas de alfabetización y los distintos recodos asociativos permiten vislumbrar la configuración de un saber propio de una comunidad, en sinergia con el espacio habitado y el deseo de integración. Esta dinámica dio lugar a una tectónica propia de la cuenca baja del Riachuelo, donde las estructuras colectivas, como base para su materialización, lograron desplazar la sustancia que tradicionalmente daba fundamento a la vivienda: su condición de inmueble.

El nuevo escenario laboral y las condiciones anegadizas del territorio propiciaron una innovación: un habitar itinerante, materializado en casillas livianas, económicas, de rápido montaje y flexibles, en constante diálogo con el paisaje. Estas estructuras abonaron a la construcción de prácticas constructivas emergentes y ofrecieron una respuesta parcial al déficit habitacional, dejando, sin embargo, una marcada impronta en el paisaje. Aquel espectáculo callejero abre una suerte de paréntesis en la cotidianidad de los objetos: casillas que se desplazan entre la trama y el tejido urbano. Habitar en los márgenes del Riachuelo fue también vivir en un espacio con acceso a las tecnologías y los medios imperantes en ese entorno, donde la novedad se convirtió en hábito y lo disruptivo, en paisaje cotidiano.

Bibliografía

- Armus, D. (1990). *Mundo urbano y cultura popular*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Arrosagaray, E. (2017). *Los Villaflor de Avellaneda*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Ayuso, M. L. (2006). Genealogía de una categoría: los Saberes Socialmente Productivos (SSP). *Educação Unisinos*, 10(2), 91-101. Recuperado el 18 de diciembre de 2023 de <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=449644423002>
- Bjerg, M. (2010). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa.
- Caruso, L. (2016). *Embarcados. Los trabajadores marítimos y la vida a bordo: sindicato, empresas y Estado en el puerto de Buenos Aires, 1889-1921*. Argentina: Ediciones Imago Mundi.
- Cavaliere, P. (1999). *Nostalgias dockenses*. Avellaneda: Ediciones del autor.
- Ceirano, V. & Maffia, M. (2007). *Estrategias políticas y de reconocimiento en la comunidad caboverdiana de Argentina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Devoto, F. J. (2003). *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Detienne, M. (2001). *Comparar lo incomparable: alegato en favor de una ciencia histórica*. Barcelona: Ediciones Península.
- Fernández Larraín, F. (1987). *Historia del Partido de Avellaneda. Reseña y análisis 1580-1980*. Avellaneda: La Ciudad.
- Ganza, D. R. (2024). *De la otra orilla: Inmigración ultramarina y desarrollo local en Valentín Alsina durante la primera mitad del siglo XX*. Buenos Aires: TeseoPress
- Germani, G. (2010). *La sociedad en cuestión*. Buenos Aires: CLACSO.
- Gutiérrez, L. H., & Romero, L. A. (2007). *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Hurga, J. M., & Cascante, E. (2023). *Puerto de Dock Sud, el puerto de Avellaneda*. Florida Oeste: La Imprenta Ya.
- Huret, J. (1911/1988). *De Buenos Aires al Gran Chaco I*. Quilmes: Hyspamérica.
- Lobato, M. Z. (2004). *La vida en las fábricas: trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Liernur, J. F. (1993). Una ciudad efímera: consideraciones sobre las características materiales de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX. En A. Gorelik & G. Silvestri (Eds.), *El umbral de la metrópolis: transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires* (pp. 177-201). Buenos Aires: Eudeba.
- Mango, M. (2023). Entre la frontera y el umbral. Categorías para pensar la obsolescencia. En J. Sorin (Comp.), *Vivienda y producción en Avellaneda: estrategias proyectuales para regenerar las áreas de obsolescencia urbana* (pp. 41-52). Avellaneda: CEHP-DADU-UNDAV.
- Massey, D. (2012). *Espacio, lugar y política en la coyuntura actual*. *Urban NS*, 4, 7-12. Heidelberg.
- Mezzadra, S. (2008). Las migraciones van configurando otro espacio latinoamericano. *La Biblioteca*, 7, Primavera 2008.

- Otero, H. (2012). *Historia de la provincia de Buenos Aires: Tomo 1. Población, ambiente y territorio*. Gonet: Edhasa-Unipe.
- Núñez Seixas, X. M. (Ed.). (2001). *La Galicia austral: la inmigración gallega en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos
- Pereyra, F. (2014). *Buenos Aires develada. El medio natural del AMBA: Funcionamiento, incidencia y estado actual*. Avellaneda: UNDAV Ediciones.
- Pikulski, M., & Orquigil, O. (1991). *Dock Sud: un sentimiento*. Avellaneda: Norberto Ramírez.
- Posada, A. (1986). *La República Argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Puigrós, A., & Gagliano, R. (2004). *La fábrica del conocimiento: los saberes socialmente productivos en América Latina*. Rosario: Homo Sapiens.
- Sassen, S. (2011). *Inmigrantes y ciudadanos: de las migraciones masivas a la Europa Fortaleza*. España: Siglo XXI.
- Silvestri, G. (2012). *El color del río: Historia cultural del paisaje del Riachuelo*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes/Prometeo 3010.
- Silvestri, G., & Aliata, F. (2001). *El paisaje como cifra de armonía*. Buenos Aires: Claves Mayor.
- Spini, S., & Vaggi, O. (1986). *La Boca: notas por medio de imágenes de la inmigración italiana en Buenos Aires*. Buenos Aires: Archivo Vaggi, Ripari S.A.